primogénito; es la gloria y la felicidad de los cielos y la tierra; es la fuente de la gracia: María le rogará por nosotros; y Jesús pondrá en manos de su santa Madre todos sus tesoros que vendrán á enriquecernos de bienes celestiales. Después de esto tenemos que exclamar: ¡Oh María, esperanza y consuelo de los hombres, bendígante los cielos y la tierra!

Desde el Nacimiento de María, desde su misma Concepción, es con toda propiedad nuestra hermana y la futura Madre del Hijo de Dios: por esto salen de la cuna de la preciosa Niña los ricos manantiales de la esperanza y del consuelo para derramarse sobre todo el mundo. Antes de Ella los hombres no tenían una madre tan tierna y amorosa; y si traían á la memoria á la madre del linaje humano, lo hacían suspirando de tristeza; porque ella en el Edén perdió la justicia original juntamente con Adán; y de allí todos los males y desgracias que ha llorado el mundo. Felices mil veces nosotros que tenemos en la Madre del Hijo de Dios, nuestra propia madre que nos da la vida con el fruto bendito de su vientre.

CAPÍTULO VI

En el templo de Dios.

Póngome á pensar algunas veces en estas palabras de David: Escucha, oh hija, y considera, y presta atento oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre; y el rey se enamorará de tu hermosura; porque El es el Señor tu Dios á quien todos han de adorar (1); y me pregunto: ¿á quién dirige Dios nuestro Señor tan hermosas y santas expresiones? ¿quien es la hija dichosísima que Dios se digna atraer con tan tierno y delicado amor: escucha, atiende, inclina tu oído y olvídalo todo por mí; y yo te amaré, yo que soy tu Dios? Es María sin duda alguna esa hija predilecta y la más perfecta de todas las criaturas; es Ella á quien Dios previene con su gracia, atrae con

(1) Ps. XLIV, 11, 12.

dulce llamamiento y cautiva con su amor; la colma de caricias, la enriquece con todos sus tesoros y la viste de luz y de gloria; y al contemplarla tan hermosa y perfecta, exclama lleno de ternura: Heriste mi corazón, hermana mía, esposa muy querida, con una sola de tus miradas, con una trenza de tu hermoso cuello.

Mas ¿cómo es esto cuando Dios nuestro Señor siempre ha tenido consigo á la purísima Virgen; cuando El y no otro ha vivido en el Corazón de María? Todo es verdad; y sin embargo el amor que la tiene quiere unirla consigo con nuevos y más sagrados vínculos; ocultarla enteramente á las miradas de los hombres; porque Ella sólo pertenece á su padre, á su esposo, á su hermano, en una palabra, al Dios de su Corazón que es su herencia por toda la eternidad. ¿Este Dios amante, dejaría por ventura en el mundo á su hija predilecta? Purísima y fragante azucena, la futura Madre de Dios tenía que embalsamar con el aroma de sus virtudes el templo del Señor.

Los arrullos de la cándida paloma del Señor tendrían que resonar en aquel templo; su hija muy amada tenía que recibir en el lugar santo, las caricias de su padre. ¿En dónde, sino en ese sitio le descubriría los grandes misterios de su amor divino?

La Virgen purísima era un tesoro incomparable de gracias y virtudes; pero antes que del

mundo era de Dios; por esto el Señor quería guardarlo en sus divinas arcas, y á su debido tiempo el mundo quedaría con El enriquecido. Dios así lo ejecutó, haciendo que los santos padres de María la presentaran desde sus primeros años en el templo de Jerusalén.

La Niña de Dios y su Padre celestial... ¡cuántos misterios de amor y de ternura! Dios ama la pureza, y tiene en su santuario á la Virgen de las vírgenes, la inmaculada y santa, la más perfecta de todas sus criaturas. En todas éstas había buscado la pureza, por decirlo así; mas nunca alguna de ellas fué tan hermosa y agradable á los divinos ojos como la Niña de que hablamos, la cual es como resplandor de la luz eterna, espejo sin mancilla de la majestad de Dios é imagen de su bondad; es más hermosa que el sol; sobrepuja al orden de las estrellas; y si se compara con la luz le lleva mucha ventaja (1): por esto Dios ama á su Niña purísima y santa con una ternura incomparable; la separa de todo lo terreno; la envuelve enteramente en una nube de amor y santidad; y María no piensa sino en Dios. Una y otra vez podrá decir su Padre amorosísimo: Mi Amada para Mí y yo para Ella; porque María sólo pertenece á Dios, y el Señor nunca la olvida. ¿Qué decimos? Si respecto de los israelitas su Majestad llegó á

(1) Sap. VII, 26, 29.

decir: Escuchadme, oh casa de Jacob, y vosotros todos, restos de la casa de Israel, á quienes llevo en mi seno y traigo en mis entrañas; yo mismo os llevaré en los brazos hasta la vejez, hasta que encanezcáis (1); ¿qué no dirá de esa incomparable y celestial criatura, la preferida de su amor, y que vale más que los cielos y la tierra? La llevará en su corazón dulcísimo; penetrará todo su sér con la unción de la divina gracia; pero ésta incomparable, y reservada únicamente para Ella.

Contemplemos un instante la vida de la santa Niña en el corazón de Dios, en el seno de su Padre amantísimo. Una madre alimenta al hijo que lleva en sus entrañas y le comunica su misma vida; así María es alimentada de Dios nuestro Señor que la transforma en Sí mismo, y le comunica cuanto es posible á la criatura, su vida divina. El alimento que Dios le suministra y la vida que la sostiene es el conocimiento perfectísimo y elevadísimo de Dios nuestro Señor; es su amor sagrado que la inflama en sus purísimas llamas. También María, tiene que exclamar: Mi Amado para mí y yo para El.

Un padre enseña á sus hijos y les inspira sus propios sentimientos; y la enseñanza y las inspiraciones de que hablamos se relacionan con la excelencia y el amor de quien las comunica;

(1) Isai. XLVI, 3, 4.

siendo esto así, ¿podremos comprender la profundidad de los misterios que Dios comunicó á su Niña muy querida, la abundancia de la luz divina con que inundó su entendimiento, la santidad y la nobleza de las inclinaciones con que quiso enriquecer el Corazón de María?

Quiere un padre perpetuar su vida en sus hijos y que en todo le sean parecidos: la vida de Dios es inmutable y eterna; mas El quiere vivir en sus criaturas y ha grabado en nuestras almas su imagen divina; entre todas éstas es la primera la Virgen purísima que lleva en sí misma aquella imagen con una perfección incomparable, y en quien vive Dios como en el templo más augusto y sagrado que fabricó para su gloria.

Yo la acariciaré, dijo el Señor por medio de Oseas, y la llevaré á la soledad, y le hablaré al corazón (1). Apliquemos estas palabras á la Virgen santísima. Dios se digna acariciarla, y la tiene en la soledad del santuario: ¿qué palabras le dice al corazón? Sé santa porque yo lo soy. Sé perfecta porque lo es tu Padre celestial. La santidad de Dios preséntase á los ojos de María resplandeciente con la luz de una pureza infinita; queda fuera de sí misma al contemplar el oceáno de las divinas perfecciones del Padre celestial; y la Niña de Dios se humi-

(1) II, 14.

lla y anonada delante del Sér de los séres. El Espíritu divino le descubre las gracias y favores con que se ha dignado enriquecerla: es hermosísima y perfecta; no hay en Ella la más ligera mancha; es más santa que los más elevados serafines; y Dios tiene en Ella todas sus delicias. Sigue á la humildad la gratitud más sincera y profunda; y del seno de María, de sus santísimos labios, salen en abundantes raudales, cánticos de reconocimiento y de acción de gracias de amor y de alabanza. Inmensa hubiera sido nuestra dicha si los hubiésemos oído; y ¿quién podría decirnos lo que habría pasado en nuestro corazón al contemplar las miradas de amor y de ternura y la expresión de su semblante y los estremecimientos de su amor en tales circunstancias? ¡miserables de nosotros! indignos, muy indignos somos de ocuparnos en misterios tan santos cuyo conocimiento Dios reserva para las almas virtuosas.

¿Dejaremos la pluma de la mano, y ya no tendremos que pensar en nuestra amada y dulcísima Niña? Confesamos nuestra indignidad; mas es muy grande nuestra confianza en la indulgencia de María; y por último el amor que le tenemos no nos deja callar. No volveré más á hacer mención de la palabra de Dios, decía Jeremías, y no hablaré más en nombre del Señor; pero al punto sentía en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado dentro de mis

huesos, y desfallecí no teniendo fuerzas para aguantarlo (1). Tan pura, tan llena de bondad y de clemencia, tan amable con nosotros, y á quien después de Dios nuestro Señor debemos todos nuestros bienes... ¿dejaríamos de pensar en Ella, en sus santos misterios, y cerraríamos nuestros labios dejando de cantar sus alabanzas? No y mil veces no. Por amor de Sión no callaré, y no descansaré por Jerusalén hasta que su justo nazca como la luz del día, y resplandezca su Salvador cual antorcha brillante (2). Sigamos, pues, hablando del objeto que nos ocupa.

Dios nuestro Señor que ha descubierto su santidad á la Virgen purísima manifiéstale también la magnificencia de su sér divino: Yo soy Dios, le dice, el Dios tuyo... ofrece á Dios sacrificio de alabanza, y cumple tus promesas al Altísimo (3); contempla María al través de los cándidos velos de su fe, la majestad infinita del Señor, al Sér de los séres, necesario, inmutable y eterno, sabiduría infinita, virtud omnipotente, bondad amabilísima. ¿Hasta dónde tenía que descender la preciosa Niña del Señor, la humildísima entre todas las criaturas, á la vista de aquella majestad incompren-

(1) XX, 9.
(2) Isai. LXII, 1.
(3) Ps. XLIX, 7, 14.

sible y soberana? y su amor y su ternura ¿hasta dónde tendrían que elevarse, conociendo con tanta perfección el amor de Dios á Ella? El amor del Eterno á la santa Niña es de una delicadeza y ternura incomprensibles. Decía el Señor en otro tiempo: ¿No es Efraím para mí el hijo querido, el niño que yo he criado con ternura? Desde que yo le he hablado le traigo siempre en la memoria; y por su amor se han estremecido mis entrañas; tendré para con él entrañas de misericordia (1). Apliquemos estas palabras á la sagrada Virgen. ¿Quién como Ella es la hija preferida del Eterno; y á quien como á Ella Dios ha dispensado su ternura inmensa? El corazón del Eterno se ha conmovido en virtud del amor que la tiene; amor tan lleno de ternura y de misericordia para con Ella, que el Padre hará descender desde los cielos á su Hijo muy amado, y Este encarnará en el seno de María. Allí están asimismo, la Concepción Inmaculada de María, y el haberla preservado de toda deuda de la culpa, y las demás gracias y favores con que quiso el Señor enriquecerla; y todos ellos nos están diciendo que Ella es entre todas las criaturas, la más amada de Dios nuestro Señor; por eso la escondió en su tabernáculo sagrado, y la puso á cubierto de

(1) Jer. XXXI, 20.

todos los males, ocultándola en lo más secreto de su pabellón (1).

Si nos hemos ocupado en lo que Dios hacía con su sagrada Niña durante los años que vivió en el templo de Jerusalén, pensemos ahora en lo que hacía la purísima Niña en esa misma época. Dios era el gran pensamiento y todo el amor de María; y después de Dios la ocupaban las necesidades de los hombres á quienes amaba tiernamente.

Dios era conocido en la Judea; mas también debía serlo en todo el mundo. ¿Cómo podría conseguirlo una Niña á quien nadie conocía y que pasaba su existencia dentro los muros de un santuario? Sin embargo el Corazón de la inocente Niña, no la dejaba descansar un solo instante; el celo de la gloria de Dios la consumía: por esto exhalaba tristísimos gemidos, y rodaban de sus ojos lágrimas ardientes. Si en seguida volvía sus miradas á los hombres, el dolor la llenaba de amargura y la tristeza más profunda la hacía desfallecer; recuerda que Dios ha prometido hacerse hombre para glorificar al Padre y para redimir al mundo del pecado. ¿Qué haría entonces esa Niña que tanto amaba la gloria del Eterno, y cuyos deseos por la salud de los hombres eran tan ardientes? Poner delante de sus ojos la amabilidad infinita del

(1) Ps. XXVI, 5.

Señor, y llorar en seguida con indecible pena, las ofensas que le hacía el pecado: la profundidad de su dolor sólo Dios la podía comprender; porque El y nada más que El conocía la grandeza y los santos ardores de la caridad de María.

La Virgen santísima pensaba también en las desgracias de los hombres: no conocían ni amaban al Señor; sus caminos eran de perdición y muerte eterna, y Dios los había criado para que fuesen eternamente dichosos. Sólo hay un remedio para tantos males, y es que el Hijo de Dios se haga hombre para que enseñe á sus hermanos el camino de la vida, y glorifique al Padre, y con su pasión y muerte satisfaga á la divina justicia. Todo esto encendía en el Corazón de la Virgen purísima, los más ardientes y vivos deseos por la venida del Hijo de Dios, y sin duda, una y otra vez exclamaría diciendo: ¡Oh, Señor, envía al que has de enviar! ¡Oh cielos, derramad vuestro rocío, y lluevan las nubes al Justo; ábrase la tierra y brote al Salvador! ¡Inclina esos tus cielos y desciende á socorrernos; toca los montes y deshágansе en humo (1)! Entretanto ignoraba María que era Ella la tierra bendita que había de dar á luz al Salvador, el cielo más puro y hermoso en que había de morar el Eterno.

(1) Isai., XVI, 1.—XLV, 8.—Ps. CXLIII, 5.

Así pasaba la vida de María en el templo del Señor: humilde, recogida, caminaba siempre en la divina presencia; y ocupada en oración fervorosísima atraía á su seno al divino Verbo; y era Ella el encanto de Dios en quien tenía sus complacencias el Eterno. ¡Cuán pura y hermosa brillaba á sus divinos ojos!

Eran como nada, por decirlo así, delante de Dios los cielos y la tierra, comparados con María, purísima y hermosa, y superior á las demás criaturas. ¡Oh, si la hubiésemos contemplado siquiera un instante allá en el templo! Al saber que en el recinto sagrado se hallaba una criatura tan hermosa, sin duda alguna hubiéramos procurado conocerla; y acercándonos á aquel lugar nos habríamos asomado por las ventanas; ó atisbando por las celosías la hubiéramos dicho: ¡Oh, María! ¡Oh cándida paloma del Señor! Tú que anidas en los agujeros de las peñas, en las concavidades de las murallas, muéstranos tu rostro amabilísimo, y déjanos oir tu voz; porque tu voz es dulce y tu rostro muy hermoso (1); y si Ella no nos hubiera contestado, le habríamos dicho con grandes instancias: Ábrenos, querida hermana, amiga fidelísima, cándida paloma, inmaculada Virgen (2); y mil veces dichosos hubiéramos sido si María se hubiese inclinado á

(1) Cant. II, 14.
(2) Ibid. V, 2.

nuestros ruegos. Ahora está á la diestra del Hijo de Dios en lo más elevado de los cielos; Reina hermosísima, vestida de luz y de pureza, y resplandeciendo á los ojos del Eterno con la perfección de todas las virtudes. Llena de majestad y de grandeza, es superior á los más elevados serafines; y sin embargo, su misericordia y su bondad son inefables, y la ley de la clemencia está en sus labios: pidámosle, pues, que se apiade de nosotros y nos alcance la gracia del Señor.

¡Oh preciosa y agraciada Niña! acordaos de las grandes virtudes que practicasteis en el templo de Dios, y haced que imitemos vuestros ejemplos. Alcanzadnos del Señor el espíritu de humildad y de oración, el amor al retiro, el recuerdo de la presencia de Dios y la conformidad más rendida y perfecta con su voluntad divina. Amén.

CAPÍTULO VII

Flor de celestial pureza.

Al pensar en la virginidad incomparable de María nos acordamos de estas pabras de Isaac: El olor de mi hijo es como el de un campo florido que Dios se dignó bendecir: y de estas otras de Zacarías: ¿Cuál será el bien venido de El, y lo hermoso que de El nos vendrá; sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes (1)?

La singular y excelentísima virginidad de nuestra Señora la Virgen María, trasciende con los aromas de todas las virtudes. Es como un espejo inmaculado en que contemplamos ya la humildad más profunda y agradable á Dios, ó bien el recato y la modestia, la sencillez de co-

(1) Gen. XXVII, 27.—Zach. IX, 17.